

La Arqueología en Pego y su comarca

por

Carmelo Giner Bolufer



A toponimia de la comarca de Pego y principalmente la del valle que constituye su término municipal, rodeado de altas montañas, en forma de hemicíclo que abre sus brazos cara al mar, como si la Naturaleza lo hubiese así dispuesto para recoger en su seno a todas aquellas generaciones que de lejanos países y sucesivamente llegaron a nuestras costas levantinas, registra un buen número de topónimos, procedentes de otros tantos poblados, alquerías, villas y castillos que se asentaron en este maravilloso rincón valenciano, de una extensión superficial de más de setenta mil hanegadas.

Hace muchos años, antes de nuestra guerra fratricida, hubo en Pego un infatigable investigador, don Bernardino Sastre, modesto sacerdote, tan humilde como amante de su pueblo, de su historia, de su progreso y de su cultura, el cual, juntamente con otro no menos modesto, pero inteligente arqueólogo, el reverendo padre Leandro Calvo, realizó algunos estudios e investigaciones, en las que encontró muchos restos de las civilizaciones y culturas primitivas y posteriores, hasta la época árabe. Pero desgraciadamente no se conservan los restos hallados ni los datos obtenidos en diversos archivos, que fueron destruidos durante la citada guerra, al ser saqueados los domicilios de sus familiares, perdiéndose con ello las únicas fuentes de nuestra historia lugareña, salvándose sólo una lápida latina encontrada en el Tosalet del Puchol de Almela, distante unos trescientos metros del núcleo urbano de Pego, en su oeste, la cual se conserva en las escuelas nacionales de la localidad. Esta lápida lleva una inscripción referente a una sepultura de un hijo de Licinio Máximo. Igualmente se encontraron monedas romanas de la época de Trajano, idénticas a una hallada por este modesto continuador del señor Sastre en el mismo lugar.

Del contacto que tuve con el señor Sastre nació mi afición a los estudios históricos y me decidí a continuar su labor, para lo cual realicé una nueva investigación en el Archivo Municipal, revolviendo papeles y matando muchas polillas. Pero la labor arqueológica fué más difícil, ya que dicho señor,

al señalar las partidas rurales en donde había encontrado los restos, no registraba el sitio exacto, sino que se limitaba a decir en tal o cual paraje. Con gran sentimiento he de decir que muchas de las estaciones acusadas como prehistóricas no he podido hallar nada que corroborase las afirmaciones, y deduje que la fantasía y el deseo de agrandar así más los orígenes primitivos de la comarca pegolina le indujeron a hacerlo, tal vez influenciado por su maestro el padre Calvo, como si cuanto más antiguos fueran los hallazgos mayor importancia tuviera la historia y el propio pueblo.

Con este nuevo estudio he podido registrar las siguientes estaciones arqueológicas, que describiremos empezando por el sur del valle hacia el este, dando la vuelta por el norte y terminando en el oeste con el castillo de Gallinera.

Al sur de Pego, sobre una colina saliente del monte de Bodix, está el castillo de Aamrra, llamado vulgarmente Ambra. En su interior y alrededores abunda la cerámica árabe y que por una base de vasija, pintada con líneas negras a cuadriláteros, podemos afirmar fué uno de los primeros que construyeron los mahometanos al ocupar el valle, pues según clasificación hecha por el doctor Mateu y Llopis, data del siglo ix al x. Un poco más al sur y precisamente detrás del castillo, existe un largo espolón, cortado por los barrancos de Castello y de Rupais, llamado la Bastida, que le he añadido el topónimo de su paraje, que es Absubea de Potastech, para diferenciarlo de otras Bastidas existentes en la región valenciana. En la medianía de este espolón, en dirección norte-sur, existe un muro de piedra caliza, de más de cien metros de largo por un metro de elevación, pero que en sus alrededores no se ven restos de cerámica, por lo que debe pertenecer a alguna fortificación de la época árabe o posterior, tal vez, a la sublevación de los moriscos, en 1609, o a la guerra de Sucesión.

A ambos lados de este espolón, en las partes recayentes a los citados barrancos, existen dos cuevas: la de Mosén Tomás, que no tiene resto alguno de cerámica anterior a la expulsión morisca, y la llamada del Sapet, en la que decía el señor Sastre que halló gran cantidad de ceniza, mezclada con tierra arcillosa de color rojizo con restos de cerámica ibérica y algunas monedas de la misma época. De todo esto ya no he podido obtener nada más que en los bancales que se escalonan hacia el llano, mucha cerámica árabe y algún fragmento de sigilata, con bases de ánforas de estas dos épocas. En este lugar donde he hallado estas cerámicas existió un poblado árabe que se llamaba Benirrupais, del que sólo se conservan bajas paredes.

Ya en dirección al este aparece el poblado, también árabe, de Castelló, con restos de paredes y abundante cerámica, y un poco más al este, los de Cotes y Gayá. En este último han aparecido muchas sepulturas, y recientemente se descubrió una necrópolis, al parecer árabe, por la forma de las

sepulturas, con paredes de piedras rústicamente labradas en los laterales, cubiertas por gruesas losas, también rústicas, y en su interior, sobre los cráneos, unas anforitas del tamaño de una botella corriente, con asas, construídas a torno y con barro de color ceniza claro. Otras sepulturas idénticas, pero con ánforas diferentes, se han encontrado en este mismo paraje, en donde abundaban los hornos enterrados, muy parecidos a los que actualmente se construyen para el escalde de la uva.

Hacia el centro del valle, en esta dirección, está lo que fué poblado árabe de Benizuleyman, que por la extensión en que se ve la abundante cerámica podemos afirmar que se trata de un poblado importante. En este paraje, cuyo topónimo actual es San Antonio, debió existir una población griega o, por lo menos, romana. Tiene una extensión de más de cien hanegadas las parcelas o bancales de superficie con abundante cerámica, entre la que hay gran cantidad de fragmentos de sigilata, y en los márgenes, numerosas tejas romanas con borde de contextura plana. Existen también restos de columnas como pertenecientes a algún templo o palacio que estuvo enclavado en la parcela de la familia de Siscar, con sus respectivas bases que añanza los márgenes de toda la finca. En este paraje se descubrieron algunas sepulturas y un ánfora griega, ricamente adornada con figuras, que se encontró en los bancales pertenecientes a mi familia cerca de un horno muy similar a los descritos en Gayá y Cotes. Del poblado árabe sólo se conserva lo que fué cárcel, unos algarrobos y olivos milenarios, de ancha base, debajo de los cuales cuenta la tradición o leyenda popular que existe un tesoro enterrado, pero pese a que se han llevado a cabo algunos intentos de perforación debajo de uno de ellos, en la parcela llamada de Estasia, entre la de Siscar y la de mi familia, no parece que dieron el resultado apetecido, aunque sí debieron hallar algo de oro, puesto que el propietario mejoró de posición económica. Otro poblado existe cerca de San Antonio, conocido por Benumeya o Beni-Humeya, en el que sólo quedan restos cerámicos árabes y unas paredes sobre los márgenes. Igualmente, ya más al norte existió una alquería llamada Abengalib, conocido hoy su topónimo por Benigani, en el que no hay restos cerámicos de ninguna clase.

En el extremo sudeste está el Tosal del Moro, que también presenta un muro de piedra seca, caliza, idénticamente al de la Bastida de Adsubea de Potastech, ya descrita, y sin restos de cerámica alguna. Pero no muy distante de este Tosal está el pequeño tosalet de Sorell, en medio del valle, a dos kilómetros de Pego, en donde abunda la cerámica sigilata y la árabe, habiendo encontrado no hace muchos días tres fragmentos de cerámica campaniense. Este lugar es también uno de los señalados por el señor Sastre como estación prehistórica.

Y vamos hacia el norte. En este lado del valle de Pego existen dos montes paralelos, en cuya cumbre se ven restos de muros ciclópeos en dirección norte-sur; uno de dichos montes se llama Bullentó, nombre que toma del río Bullent, que nace en él una de sus fuentes. Enfrente de este monte está la montañeta de Benirramas, con muros idénticos, y en la parte recayente al río, una cueva. En este recayente, en el mismo margen del río en donde el Instituto de Estudios Arqueológicos catalanes excavó una sepultura que dicen era fenicia. Yo sólo he visto por allí cerámica árabe, como asimismo en el cercano Castellar, una fortaleza muy grande de cimientos no iguales a las murallas y que parecen de construcción romana.

En el oeste está la alquería de Adzahila, en donde se encontraron, haciendo labores de profundidad, un depósito de ánforas romanas de gran tamaño, en número de trece, varias de ellas completas, y que se conservan en casas particulares adornando las rinconeras. Y a muy poca distancia de este paraje están los de Salomona y Massil, en los que se hallaron dos hachas paleolíticas, que se conservan también en poder de particulares. Hay que llamar la atención del topónimo Massil, que parece derivado de Massilia, pues por allí pasa la vía romana que va de Pego a Alcoy por el castillo de Gallinera, entre éste y el monte de Chellibre.

(Comunicación leída en el I Congreso de Arqueología del Levante Español.)

